

## LECCION XVI.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Incensaciones. — Segunda parte de la misa, desde el Intróito hasta el Ofertorio. — Intróito. — *Kyrie eleison.* — *Gloria in excelsis.*

El sacerdote y los fieles se han manifestado sus recíprocos deseos de una verdadera disposición para aprovecharse debidamente del augusto sacrificio; si el Señor está con su pueblo y con su ministro; si reza, ama y adora en ellos y con ellos, tienen aseguradas las mas abundantes bendiciones. Despues de recomendar á los fieles la oracion, continua: *Oremus, oremus*, el sacerdote se adelanta lentamente hácia el altar, redoblando sus instancias para obtener la gracia de entrar puro y sin mancha en el Santo de los Santos; mas, nuevo Moisés, no olvida, al trepar al Sínai, al pueblo amado que deja en la llanura, y hace la siguiente oracion lo mismo para sí que para los fieles: «Os suplicamos, Señor, que aparteis de nosotros nuestras iniquidades, á fin de que podamos entrar en vuestro santuario con un corazón puro. Por Jesucristo Salvador nuestro. *Amen.*»

Al llegar delante del tabernáculo, se inclina profundamente y besa el altar en señal de su respeto á Jesucristo que no tardará en descender á él, y de su veneracion por los santos Mártires cuyas reliquias están allí depositadas, acompañando esta ceremonia con la siguiente oracion: «Os suplicamos, Señor, por los méritos de vuestros Santos, cuyas reliquias se guardan aquí, y de todos los Santos, que os digneis perdonarme todos mis pecados. *Amen.*» Al colocar debajo de la mesa del altar las reliquias de los Mártires, la Iglesia de la tierra ha querido imitar lo que san Juan observara en el cielo: *Vi debajo del altar, dice, las almas de los que habian sido muertos por la palabra de Dios*<sup>1</sup>; y no sin razon se encomienda el sacerdote á los Santos en general y á los Mártires en particular, pues las

<sup>1</sup> Apoc. vi, 9.

oraciones de los unos y la sangre de los otros, unidas á los méritos y á la sangre de Jesucristo, son de un valor infinito, y su poderosa intercesion puede muy bien alcanzarle de Dios la remision de sus pecados. Estas dos oraciones, que son muy antiguas en la Iglesia, son rezadas en voz baja por el sacerdote, por la razon de que se refieren á él personalmente<sup>1</sup>.

I. Incensaciones. — En las misas solemnes, luego que el celebrante ha rezado las oraciones que preceden y besado el altar, el diácono le ruega que bendiga el incienso, diciendo: «Benedicid, mi reverendo Padre.» La calificacion de padre conmueve y enternece por la venerable antigüedad que la misma recuerda, pues así llamaban los primeros cristianos á los obispos y presbíteros lo mismo que á los autores de sus dias; y en efecto, ¿no son los obispos y presbíteros los padres de nuestras almas? El uso de esta voz se ha conservado en las comunidades religiosas, en las que se han refugiado las santas tradiciones de la Iglesia primitiva junto con el verdadero espíritu del Evangelio. El celebrante coloca incienso en el incensario, diciendo: «Sé bendito por Aquel en cuyo honor arderás,» lo bendice haciendo la señal de la cruz, y tomando luego el incensario de las manos del diácono, incienso la cruz, el fondo del altar, su frontal y sus dos lados.

¿Cuál es el origen de las incensaciones y cuál su significacion? preguntará sin duda vuestra piadosa curiosidad; y nuestra contestacion á lo primero será que para encontrar el origen del incienso en el culto divino, es preciso retroceder tres mil quinientos años, trasladarse al desierto del Sínai, y escuchar al mismo Dios prescribiendo á Moisés el modo de componer el perfume que debia quemarse en el tabernáculo<sup>2</sup>; la costumbre que se apoya en semejante antigüedad y dimana de origen tan respetable puede, á no dudar, ser practicada sin rubor. Una de las principales funciones de los sacerdotes de la antigua ley era la de quemar incienso en el altar de los perfumes, y los gentiles, herederos aunque infieles de la tradicion primitiva, conservaron en sus ceremonias el uso del incienso<sup>3</sup>.

Al adoptarlo en las suyas, la Iglesia católica, léjos de ser imitadora

<sup>1</sup> Bona, lib. II, c. 22.

<sup>2</sup> Exod. xxx, 34.

<sup>3</sup> Tertul. *Apol.* c. 30; Arnob. lib. II.

de los gentiles, no hizo mas que practicar en tiempo del Evangelio lo que se ordenaba en la ley, pues el mismo Salvador le enseñó con su ejemplo, que la ofrenda del incienso continuaba siendo agradable á Dios: entre los presentes que los Reyes magos por inspiracion suya depusieron á sus piés, se indica expresamente el incienso; y mas tarde invitado el Hijo del Hombre á comer en la casa de un fariseo, se queja de que no le hayan perfumado su cabeza, como se hacia con las personas á quienes se trataba de honrar<sup>1</sup>, lo que practicó María, hermana de Lázaro, en una ocasion semejante<sup>2</sup>. La Iglesia usó las incensaciones desde los primeros siglos<sup>3</sup>, y vemos á Constantino apresurarse, luego de ocupar el trono de los Césares, á regalar á las iglesias incensarios de oro para que les sirviesen durante la celebracion de los augustos misterios<sup>4</sup>.

II. Significacion del incienso.— Veamos ahora cuál es la razon de un uso tan constante, antiguo y universal; para ello debemos saber, 1.º que el incienso que se quema durante los santos misterios es un holocausto ofrecido á Dios, manifestando así que todas las criaturas deben ser empleadas y consumidas en su servicio y para su gloria. La liturgia oriental da á conocer claramente semejante intencion, puesto que acompaña la incensacion con la siguiente oracion: «Gloria á la santísima, consustancial y vivificadora Trinidad, ahora, siempre y en todos los siglos de los siglos<sup>5</sup>;» 2.º que el incienso que se quema en el altar, cuyo perfume se esparce por la iglesia, es una imágen del exquisito olor de Jesucristo que desde el altar penetra en el alma de los fieles, bella y misteriosa significacion que le reconoce unánimemente toda la antigüedad cristiana<sup>6</sup>. Los santos Padres nos dicen que «el incensario representa la humanidad de Jesucristo, el fuego su divinidad, y el vapor del perfume su gracia.» «El incensario, dice san Agustin, es como el cuerpo del Señor, y el incienso como este mismo cuerpo ofrecido en sacrificio por la salvacion del mundo, y recibido como un suave perfume por el Padre celestial<sup>7</sup>.»

<sup>1</sup> Luc. vii, 46.

<sup>2</sup> Joan. xii, 3.

<sup>3</sup> Cán. de los Apóstoles, liturgia de san Jaime, etc.

<sup>4</sup> Pontifical. Damas y Metaphr. in Vita S. Nicolai.

<sup>5</sup> Euch. Græc. pág. 2.

<sup>6</sup> San Dionisio, Hierarch. eccl. c. 3 y 4; Simon Thessal. De Templo; divus Thom. 3 p. q. 83, art. 5.

<sup>7</sup> Homil. VI in Apoc. x, 3.

Penetrados de estas sublimes y misteriosas ideas, los primeros cristianos tenian tanta veneracion por el incienso que se quemaba en las iglesias, que procuraban respirar su perfume, diciendo lo que dice aun el sacerdote actualmente: «Encienda el Señor en nosotros el fuego de su amor y la llama de la caridad eterna<sup>1</sup>.»

3.º Que el incienso ha sido siempre considerado como una expresion viva de las oraciones que dirigimos á Dios y de nuestro ardiente deseo de que se eleven hasta él, así como su perfume se eleva por los aires; la oracion que segun las antiguas liturgias se rezaba durante las incensaciones, y que se reza aun en el dia, no deja duda alguna sobre este particular. «Ó Jesucristo, que sois Dios, dice la Iglesia oriental, os ofrecemos este incienso como un perfume espiritual, á fin de que os digneis recibirle en vuestro santo y sublime altar, del que esperamos los efectos de vuestra misericordia<sup>2</sup>.» «Señor, dice la Iglesia occidental, haced que mi oracion suba hasta Vos como este incienso;» y sin duda para conformarse con el espiritu de la Iglesia el santo presbítero Zozimas en el año 526, hallándose en Cesarea de Palestina, mandó, anegado en lágrimas en el momento en que fué destruida la ciudad de Antioquía, llevar el incensario al coro, derramó incienso en él, se prosternó en el suelo, y unió al humo del incienso su llanto, sus suspiros y sus oraciones con la esperanza de calmar la cólera de Dios<sup>3</sup>. Vemos, pues, que el incienso ha sido siempre considerado como el simbolo de nuestras oraciones; y no podia hallarse otro mas expresivo; en efecto, el incienso se eleva por los aires solo por la actividad que le da el fuego, y nuestras oraciones, que no son mas que los deseos de nuestro corazon, no pueden llegar hasta Dios si no están animadas por el fuego del amor divino. El dulce perfume que del incienso se exhala es una elocuente leccion que nos enseña á preparar de tal modo nuestro corazon, que nada se desprenda de él que no sea agradable á Dios; el incienso se consume todo; todas sus partículas se elevan en vapor, y del mismo modo los deseos todos de nuestro corazon deben tender hácia Dios sin que ni uno se fije en la tierra.

4.º Que si el incienso representa las oraciones de los santos de la

<sup>1</sup> Véase el P. Menard, pág. 271.

<sup>2</sup> Liturg. Chrysost. Euch. pág. 52.

<sup>3</sup> Evag. Hist. eccl. lib. IV, c. 7.

tierra, con mas razon representa las de los Santos del cielo; y por esto el apóstol san Juan nos dice: *Los ancianos estaban prosternados delante del Cordero, teniendo cada uno una copa llena de perfumes, que son las oraciones de los Santos*<sup>1</sup>. Siendo el incienso el emblema de la oracion, la primera incensacion no podia verificarse en ocasion mas oportuna que despues de la oracion *Oramus te*, en la que conjuramos á Dios que atienda á las súplicas de los Santos para que use con nosotros de misericordia<sup>2</sup>.

Antiguamente se incensaba el altar en todo su alrédedor, mas no permitiéndolo en el dia la disposicion del lugar, se incienso únicamente el fondo, la parte superior y los tres lados que están á la vista; despues de incensar el altar, el celebrante depone el incensario en manos del diácono, el cual incienso á su vez al sacerdote, y la razon es, que en todos los pueblos, especialmente en Oriente, ha sido la incensacion un signo honorífico, de modo que para honrar á una persona se perfumaba el aposento en que se la recibia<sup>3</sup>, y derramábanse sobre su cabeza esencias olorosas; perfumábanse igualmente los vestidos de ceremonia<sup>4</sup>; entre los presentes que Jacob envió á José cuando se hallaba en Egipto, mandó colocar algunos perfumes, y la Reina de Sabá hizo presente á Salomon de una cierta cantidad de exquisitos perfumes<sup>5</sup>.

En virtud, pues, de esta costumbre se incienso el altar porque representa á Jesucristo; se incienso el santo Evangelio porque contiene la palabra de Jesucristo; se incienso á los presbíteros y á los levitas porque son los ministros de Jesucristo; se inciensan las reliquias de los Santos porque son los preciosos restos de los miembros de Jesucristo; se incienso á los coristas, es decir, á los que cantan las alabanzas de Dios, porque son en cierto modo los órganos de que se sirve la Iglesia, para tributar al Eterno, por medio de Jesucristo, el homenaje de la oracion; se incienso á los príncipes y á los superiores en el órden temporal porque toda la autoridad procede de Dios, y por lo tanto debe honrarse en los que son en la tierra la imágen viva del Rey de los reyes y del Señor de los señores. Por lo que hemos dicho se vendrá fácilmente en conocimiento de que todos esos

<sup>1</sup> Apoc. viii.

<sup>2</sup> Lebrun, pág. 536.

<sup>3</sup> Cant. i, 11.

<sup>4</sup> Genes. xxvii, 27.

<sup>5</sup> III Reg. x, 2.

honores son relativos y que se remontan al único que merece honor, imperio y gloria<sup>1</sup>.

III. Segunda parte de la misa. — La segunda parte de la misa, que empieza en este momento, comprende el *Intróito*, el *Kyrie*, el *Gloria in excelsis*, la *Colecta*, la *Epístola*, el *Gradual* ó el *Tracto*, el *Evangelio* y el *Credo*: la Iglesia reúne la instruccion, la alabanza á Dios y la oracion, porque es necesario llenar de santas ideas y de santos sentimientos la mente y el corazon de los fieles á fin de disponerles para la celebracion de los terribles misterios; esta práctica, prudente y sabia hasta lo sumo, nos ha sido legada por los primeros siglos, solo que entonces se procuraba omitir en esta parte de la misa cuanto se refiriese muy directamente al sacrificio de la Eucaristia, por temor de revelar los misterios á los catecúmenos, quienes podian asistir hasta la oblation á estas oraciones y lecturas<sup>2</sup>.

Luego que el celebrante ha sido incensado se dirige hácia el lado de la Epístola y empieza el *Intróito*, palabra que significa *entrada*, porque aquel se canta en el acto en que el sacerdote se acerca al altar; hay quien cree que se cantaba mientras los fieles entraban en la iglesia, y por esto se componia de un salmo entero y á veces de muchos<sup>3</sup>. El establecimiento del *Intróito* se debe al papa Celestino, y antes de su pontificado la misa empezaba con una lectura de la sagrada Escritura, como así se practica todavía la víspera de Pascua y la de Pentecostes<sup>4</sup>. El *intróito*, que se componia antes de un salmo entero, se redujo despues á algunos versículos, si bien se dejó el *Gloria Patri*, porque en el oficio cada salmo va seguido de aquella oracion; y por otra parte, ¿podia la misa empezar mejor que con la alabanza de la santísima Trinidad, á la que debe ofrecerse el santo sacrificio?

¿Por qué la Iglesia ha elegido con preferencia para componer el *Intróito* los cantos del Rey profeta? Á esta pregunta contesta un autor antiguo en los siguientes términos: «La entrada del sacerdote en el altar figura el primer advenimiento del Hijo de Dios en la tierra, y el *Intróito* es el grito con que el mundo antiguo llamaba al Deseado de las naciones: para expresarlo se emplean las pala-

<sup>1</sup> Cochin, *Cerem. de la misa*, pág. 222.

<sup>2</sup> Lebrun, pág. 157.

<sup>3</sup> Rhenan. *ad Tertul. de Coron.*

<sup>4</sup> Amal. lib. III, c. 5; Lib. Pontif. c. 42.

«bras de David, porque éste formó parte de aquellos *Profetas y reyes que quisieron ver lo que nosotros vemos, y oír lo que nosotros oímos*<sup>1</sup>. Los hijos de la Iglesia católica, mas felices que todos aquellos santos varones, dilatan su corazón y manifiestan su alegría «saludando el advenimiento del Redentor, pues poseen al que los Patriarcas, los Profetas, los Reyes, los sacerdotes, los antiguos justos todos, llamaban con estas ardientes palabras: *Enviad, Señor, al Cordero dominador del mundo; venid, Señor, y no tardeis*<sup>2</sup>.»

Durante el Intróito, al cual tenemos obligación de asistir, unamos nuestras aspiraciones y nuestros deseos á los de los antiguos justos, participemos de sus disposiciones, pues un ardiente deseo es una condicion indispensable para aprovecharse debidamente del augusto sacrificio. ¡Ah! ¡cuáles hubieran sido las disposiciones de Abraham, de Isaac y de David si como nosotros hubiesen tenido la felicidad de asistir á la misa, á la inmolacion del Cordero de Dios que con tanto ardor invocaban!

El celebrante reza el Intróito colocado en el lado de la Epístola, en el cual permanece largo tiempo durante la misa, por la razon que vamos á decir: En las antiguas iglesias bien orientadas, la sacristía está situada en el Mediodía, á la derecha de los que entran, de modo que colocado el sacerdote en el lado dicho, se encuentra mas cerca de todos los ministros que van y vienen de la sacristía al altar; por igual razon se sitúa en el mismo lado la sede del obispo ó del celebrante en las misas solemnes, pues el altar, lugar destinado para el sacrificio, no es necesario para el Intróito, ni para nada de cuanto precede á la oblacion. Mas de mil años hace que el Sumo Pontífice despues de besar el altar se dirige á su trono, no volviendo al altar hasta el Ofertorio, lo cual practican tambien los obispos en las misas solemnes. Semejante costumbre reconoce otra razon, y es que la duracion de lo que se lee ó canta hasta el Ofertorio exigia que el celebrante se apartase del altar, á fin de poder sentarse<sup>3</sup>, tanto mas en cuanto en las grandes fiestas se repetia y repite el Intróito dos veces para mayor solemnidad.

Despues del Intróito, el sacerdote, con las manos juntas en señal de humildad y de aniquilamiento ante la majestad de Dios, se diri-

<sup>1</sup> Matth: xi; Luc. x.

<sup>2</sup> Maxim. in *Exposit. liturg.*

<sup>3</sup> Rit. Laud. pág. 98; Ord. roman.

ge al medio del altar para decir alternativamente con el pueblo, representado por el monacillo, tres veces *Kyrie eleison*, otras tantas *Christe eleison*, y otras tantas *Kyrie eleison*. *Kyrie eleison* son dos palabras griegas que significan: *Señor, apiadaos*, y el uso de esta oracion, inaugurado en la Iglesia griega, data en la Iglesia latina de la mas remota antigüedad. «Considerando, dice un antiguo concilio, «que en la Iglesia de Roma, lo mismo que en todas las provincias «de Oriente y de Italia, se ha establecido la santa y saludabilísima «costumbre de repetir con frecuencia y con un gran sentimiento de «fervor y de compuncion *Kyrie eleison*, queremos que en todas nues- «tras iglesias, en Maitines, en la misa y en Vísperas, se introduzca «tan santa costumbre con el auxilio de Dios<sup>1</sup>.»

Nada mas sublime y tierno que el origen de esta oracion en la Iglesia griega; escuchad: En los primeros siglos los catecúmenos y penitentes asistian á la misa hasta el Ofertorio, y conmovidos los fieles por los deseos de los primeros y por las lágrimas de los segundos, no olvidaban el encomendarles al Señor; los catecúmenos y los penitentes se arrojaban, y el diácono decia: *Catecúmenos, orad*; luego dirigiéndose á los fieles añadia: *Oren los fieles por ellos, especialmente los niños*<sup>2</sup>. ¡Ah! si, los niños, los ángeles de la tierra, cuyo corazón puro é inocentes manos elevadas al cielo son omnipotentes en el corazón de Dios. El diácono hacia en alta voz varias súplicas para los catecúmenos, diciendo: «Oremos todos por los catecúmenos, á fin «de que el Señor, lleno de bondad y de misericordia, oiga sus oraciones y les otorgue lo que con el corazón le pidan;» y los fieles, especialmente los niños, contestaban: *Kyrie eleison*: «Señor, tened «piedad.»

*El diácono*: «Les descubra el Evangelio de Jesucristo.»

*Los fieles, especialmente los niños*: «Kyrie eleison: Señor, tened «piedad.»

*El diácono*: «Les ilumine y les enseñe sus mandamientos.»

*Los fieles, especialmente los niños*: «Señor, tened piedad.»

*El diácono*: «Les inspire un casto y saludable temor; abra los oídos de su corazón para que se ocupen de su ley noche y dia.»

<sup>1</sup> Concil. Vasens. sub Leone I, can. 5.

<sup>2</sup> Las Constituciones apostólicas añaden: Sobre cada una de las cosas que el diácono propone, digan los fieles: *Kyrie eleison*, especialmente los niños. (*Const. apost.* lib. VIII, c. 5 y 6).

*Los fieles, especialmente los niños:* «Señor, tened piedad.»

*El diácono:* «Les una y les cuente en el número de sus ovejas, haciéndoles dignos de la regeneración y del ropaje de la inmortalidad.»

*Los fieles especialmente los niños:* «Señor, tened piedad.»

*El diácono:* «Les purifique de toda mancha de cuerpo y de espíritu, habite en ellos junto con su Cristo, bendiga su entrada y su salida, y haga que el buen éxito presida en todos sus proyectos.»

*Los fieles, especialmente los niños:* «Señor, tened piedad.»

*El diácono:* «Alcancen por medio del Bautismo la remisión de sus pecados, á fin de que sean dignos de conocer los santos misterios, y de la residencia de los Santos.»

*Los fieles, especialmente los niños:* «Señor, tened piedad.»

Terminadas estas súplicas en favor de los catecúmenos, el diácono daba principio á otras por los penitentes, á las que los fieles, y especialmente los niños, contestaban como en las anteriores, *Señor, tened piedad*; el número de tales invocaciones no estaba rigurosamente determinado, y de aquí provino que en un principio, cuando la Iglesia hubo aplicado estas oraciones á todos los fieles, se rezaba el *Kyrie eleison* mayor ó menor número de veces, segun las circunstancias. En el día, una piadosa costumbre aprobada por la Iglesia dispone que se diga nueve veces *Kyrie ó Christe eleison* para imitar el canto de los Ángeles que comprende nueve coros; rézase tres veces el *Kyrie* en honor del Padre, tres el *Christe* en honor del Hijo, y tres el *Kyrie* en honor del Espíritu Santo, á fin de adorar é invocar igualmente las tres personas de la santísima Trinidad.

La Iglesia latina ha conservado las palabras griegas para manifestar que la Iglesia occidental no formaba mas que una con su hermana la Iglesia oriental, y que Dios era por ella alabado en todas las lenguas<sup>1</sup>. De ahora en adelante, cuando oigamos el *Kyrie eleison* trasladémonos con el pensamiento á las antiguas basílicas de Constantinopla y de Nicea, y procuremos repetirlo con los mismos sentimientos, y sobre todo con igual inocencia que los niños de aquellos dichosos siglos; ó mejor todavía, digámoslo como el ciego de Jericó, el cual no empleó mas súplicas para obtener del Hijo de David la curación que solicitaba. ¡Ay! ¡ojalá que aquella oración que no nos conviene á nosotros menos que á él esté siempre en nuestro corazón, así co-

<sup>1</sup> S. Aug. *Append.* pág. 44.

mo estaba en el de tantos Santos que la repitieron antes que nosotros!

Después del *Kyrie eleison*, el sacerdote, en medio del altar también extiende sus manos en señal de orar, y levantándolas hasta la altura de las espaldas para significar con ello su amor por las cosas celestes y su deseo de poseerlas, entona el *Gloria in excelsis Deo*, á cuya última palabra junta las manos y se inclina por respeto hácia el nombre de Dios. El *Gloria in excelsis* data de la misma cuna del Cristianismo: los Ángeles entonaron este cántico de amor al rededor del pesebre del recién nacido de Belén, y la Iglesia lo continuó; tal es el origen del *Gloria in excelsis*. Desde el tiempo de san Atanasio los fieles lo rezaban en sus oraciones matutinales, hasta las mujeres lo sabían de memoria<sup>1</sup>, y hace mil trescientos años á lo menos que se acostumbra rezarlo en la misa<sup>2</sup>; durante el Adviento y la Cuaresma, en las misas de Difuntos y en ciertos otros días, no se canta el *Gloria*, pues recordando el oficio en estas circunstancias la penitencia ó la tristeza, no se debe celebrar ni cantar la gloria celestial, mientras se llora su propia miseria ó los sufrimientos de las almas del purgatorio.

El *Gloria*, cántico de alabanza y de amor, está admirablemente colocado después del *Kyrie eleison*; la Iglesia acaba de implorar la misericordia de su divino Esposo, y confiando en que ha sido oída, entona el himno de su gratitud, de su boca se desprenden las mismas palabras de los Ángeles, y canta el gran misterio de la encarnación, que constituye su dicha, su esperanza y su gloria; bendice por él al Señor, y solicita su protección omnipotente. El sacerdote lo entona primeramente solo, y le contesta luego todo el pueblo, recordando así el modo como fué cantado por los Ángeles; preséntase á los pastores uno de aquellos espíritus celestes, les participa la gran noticia, y apenas concluyó de hablar, cuando una multitud de Ángeles, uniendo sus voces á la suya, cantan con él: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad*<sup>3</sup>. El intróito expresa los deseos de los Patriarcas, el *Gloria in excelsis* anuncia su realización, reuniéndose así en la segunda parte del sacrificio católico las dos grandes épocas del género humano, la anterior y la posterior al Mesías. ¿Es esta idea tan insignificante que nada

<sup>1</sup> De Virgin. vers. fin. Constit. apost. lib. VII, c. 47.

<sup>2</sup> *Sacrament.* de san Gregorio.

<sup>3</sup> Luc. II, 14.

nos diga? ¿Es acaso ineficaz para ilustrar nuestro espíritu, para fijar nuestra mente y para inflamar nuestro corazón?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber perpetuado el sacrificio del Calvario; hacedme la gracia de que me penetre de los sentimientos de compuncion, de gratitud y de gozo que inspiran las primeras oraciones de la misa.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me esforzaré en rezar el Kyrie eleison como los primeros cristianos.*

LECCION XVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Segunda parte de la misa (continuacion).—Oracion.—Epístola.—Gradual.—Tracto.—Aleluja.—Prosa.

Concluido el *Gloria in excelsis*, el sacerdote hace la señal de la cruz, costumbre que nos transporta á una época anterior de diez y ocho siglos á la nuestra, nos presenta ante los ojos á los primeros cristianos, los cuales, como ya sabemos, jamás se olvidaban de hacer la señal de la cruz al principio y al fin de todas sus obras, pues ni ellos podían ni nosotros mismos podemos recurrir con bastante frecuencia á una señal omnipotente, ni recordar que de la cruz descendieron sobre nosotros las bendiciones todas. Solicita la Iglesia en conservar las santas prácticas de los primeros tiempos, ha querido que durante los augustos misterios se hiciese la señal de la cruz al fin del *Gloria in excelsis*, antes del Evangelio, despues del *Credo*, de la Oracion dominical, del *Sanctus*<sup>1</sup>, etc.

El canto de los Ángeles ha llenado las sagradas bóvedas, y se ha anunciado la paz traída al mundo por Jesucristo; ¿qué cosa mas natural, pues, que el sacerdote, el ángel de la tierra, la desee á los fieles? Mas, ved cómo lo practica: besa el altar para buscarla en el mismo seno del Salvador, y lo besa en medio, porque allí está la sagrada piedra, sepulcro de los Mártires y símbolo de la piedra angular de la Iglesia, que es Jesucristo; junta sus manos, y volviéndose hácia el pueblo con los ojos bajos, abre sus manos en señal de su caridad, y dice: *El Señor sea con vosotros*. En Oriente, en vez de decir los sacerdotes *Dominus vobiscum*: *El Señor sea con vosotros*, han dicho siempre: *Pax vobis*: *La paz sea con vosotros*, dulces palabras de que se valió el Salvador despues de su resurreccion para saludar á los Apóstoles; los obispos de Occidente han conservado semejante costumbre, y despues de rezar el *Gloria in excelsis*, dicen: *Pax vobis*: *La paz sea con vosotros*, deseando para los fieles la paz que

<sup>1</sup> Durandus, *Rational*. lib. V, n. 15.